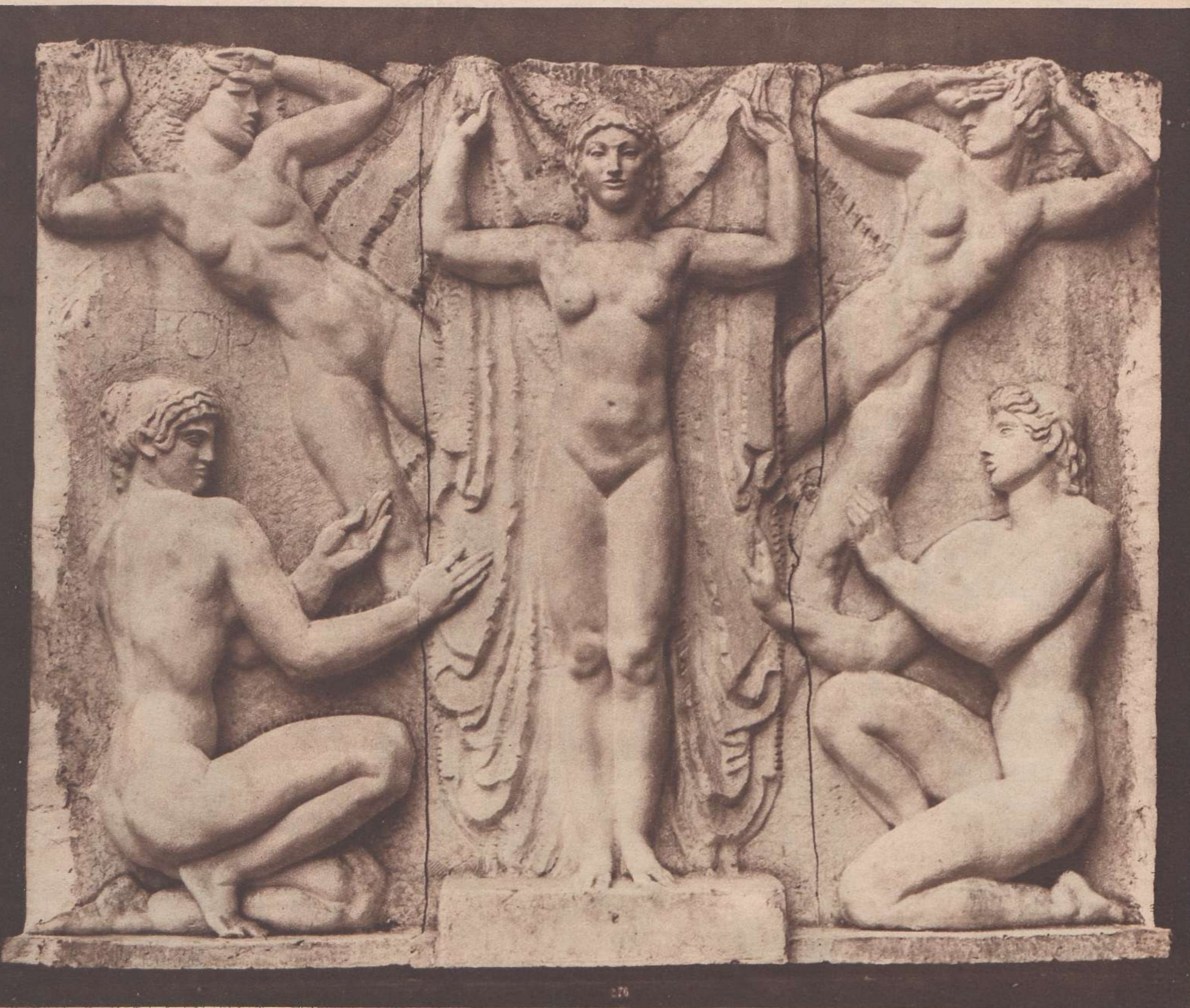




"Un mundo", cuadro de Angeles Santos.—Abajo: "Fragmento escultórico", por José Capuz



crónica

ARTES Y LETRAS

Hay en principio una contradicción entre el modo de bautizar los Salones de Otoño y su móvil de vernal reciedumbre. Por doquiera suelen nacer de una protesta, aunque suelen asimismo competir por doquiera pacíficamente con los Salones oficiales, haciéndose a la postre tan oficiales como ellos. Entonces, semicaducos ya, se adaptan a su apelativo, profético acaso, pues comportan el manido producto de rebeldías prescritas y lozanas viejas; pero hasta que llega ese momento, constituyen—ó lo pretenden—cierta antítesis de otoños metafóricos.

Nuestro Salón de Otoño, que nada tiene de otoñal por sus nueve años de existencia, tampoco tiene nada de rebelde. Sin embargo, lo salvan, aparte de su juventud, sus buenas intenciones dentro del correcto decoro que ha alcanzado, y permite esperanzas todavía. Si no resiste las severidades de una crítica implacable, cuenta la edad de resultar simpático, y lo resulta, desde luego, siquier bordee otra edad que se llama «del pavo», corriendo riesgo de aburrirnos...

Tal pensábamos una reciente mañana melancólica, los tres ó cuatro visitantes que discurríamos á lo largo de las desiertas salas donde da fe de vida, de precaria vida, esta bien intencionada Exposición, mientras afuera soplabla el cierzo y se movían las frondas del Retiro. No eran muy favorables el sitio y el minuto, ni nos hallábamos, por tanto, predispuestos á la benevolencia. Aun así, la honesta compostura del conjunto desarmaba nuestro mal humor, á la vez que nos sugería antiacadémicas consideraciones.

Porque el Salón de Otoño, en su noveno año, se nos revela harto respetuoso y repite los antiguos certámenes á que debiera oponerse, con un criterio apenas más selecto para la calidad y mucho más discreto para la cantidad, eso sí. A pesar de los pesares, carece de concepto original y de frescura efectiva, virtudes que acusan sus ventajas incluso cuando las contorsionan gestos importunos. Toda estridencia, al menos, denota fuerza aprovechable, y á esta exhibición de esfuerzos nobles la caracteriza una absoluta falta de estridencias, cual á los esclavos resignados, cual á los niños enfermizos. He aquí el mayor reproche, el único que no dejamos de

formular ante su estéril rigidez. ¿Cabe la culpa de tamaña circunspección sólo á un Jurado excesivamente circunspecto?... Quisiéramos creerlo; mas opinamos que, de cualquier manera, la padecerían igual ahora sus mil probables expositores. Se advierte en torno un continuo temor á asustar, y la ortodoxia tímida acaba por empalagarnos. Preferiríamos que alegraran el monótono concurso de arte cabriolas graciosas ó enojosas. No defendemos, por *parti pris*, un catalogado vanguardismo peculiar á tantos Salones de Otoño hacia sus comienzos, sino que pedimos, en resumen, una variedad comprensiva y una tolerancia flexible, excluidas de éste, con notorio error á nuestro entender.

Nos gustan, por ejemplo, las esculturas de Capuz y las naturalezas muertas de Fernández Valbuena, las interpretaciones de Solana y los cuadros de Hernández, los retratos de Salaverria y los de Pinazo Martínez, quienes actúan de aseason á la sazón. No obstante, se trata de valores conocidísimos, archiconocido



"Naturaleza muerta", cuadro de Fernández Valbuena. A la izquierda: "Dina", cuadro de Eugenio Hermoso



alguno, é importa conocer nuevos valores, sin perjuicio de seguir apreciando cuantos conozcamos y merezcan aprecio. El actual acervo de obras no ofrece, por desgracia, la menor novedad digna de su nombre y de tomarse en cuenta, oreándonos á lo sumo con novedades relativas, cual el óleo *Un mundo*, de Angeles Santos, cuyo vago humorismo cosmogónico recogía nuestra ansia de algo inédito.

A despecho del anterior reparo, bien está este Salón de Otoño, lejos aún de su otoño, al que, repetimos, salvan unas intenciones demostradas y una juventud por demostrar. Lo estimamos insuficiente, empero, y anhelamos el vigoroso impulso que lo galvanice, puesto que puede estar mejor. En cambio, de estancarse sin haberse agitado, no valdría al fin la pena de estar bien.

GERMÁN

GOMEZ

"DE LA MATA



"El trabajo" y "La riqueza", escultura de José Capuz

(Información fotográfica de M. Cortés)

crónica